

oponían ellos sus risotadas; á sus preguntas respondían con grandes gritos ¹, siempre los mismos:

—«¡Crucifícale; queremos que sea crucificado ²!»

Y el tumulto se tornaba ya formidable ³. Los soldados miraban con inquietud y cólera, al lado de sus tribunales, asombrados de la actitud del Procurador. Éste acababa de llamar á un oficial, y de hablarle al oído. ¿Era, por fin, la orden de cargar sobre aquella canalla, y quitar de enmedio á los Sanhedritas?

El oficial volvió á entrar en el palacio; el silencio reinó de nuevo en la turba y en la guarnición de la Antonia, en espera de lo que iba á suceder.

¹ MATH., XXVII, 23: «At illi magis clamabant dicentes: Crucifigatur!».—MARC., XV, 14: «At illi magis clamabant: Crucifige eum.»

² LUC., XXIII, 23: «At illi instabant vocibus magnis.»

³ Ib., XXIII, 23: «Invalescebant voces eorum.»

CAPÍTULO V

BARRABÁS Y LA TURBA.

Quem vultis vobis de duobus dimitti?

At illi dixerunt: Barabbam!

MATH., XXVII, 21.

Quid ergo vultis faciam regi Judæorum?

MARC., XV, 12.

Tolle hunc et dimitte nobis Barabbam.

LUC., XXIII, 18.

No hubo que esperar mucho: se presentó un sirviente con una palangana. Al verle se conmovió la concurrencia, como cuando se acerca uno de esos sucesos decisivos, que comprometen irremisiblemente lo por venir.

La ley de Moisés mandaba á los Ancianos de las ciudades en cuyo territorio se hubiera cometido un asesinato, lavarse públicamente las manos delante del cadáver, para protestar contra toda participación en el crimen ¹. Este rito no se observaba solamente entre los judíos, á juzgar por ciertas *lustraciones* que usaban los griegos y los romanos ²; pero es probable que el Procurador miraba especialmente á la costumbre judía, cuando mandó que le trajeran agua. De todos modos, su intención era manifiesta. Junto á aquella víctima, cuya muerte le pedían, quería lavarse las manos á la vista del pue-

¹ DEUTER., XXI, 1-9.—Cf. Tratado *Sota*, VIII, 6.

² OVIDIO (*Fast.*, II, 43) alude á ellas en estos versos:

«Ah nimium faciles tristia crimina cædis
Flumina tolli posse putatis aqua!»

blo, y con esto muestra evidentemente que rechaza toda responsabilidad del crimen.

El criado subió las gradas del tribunal y vació lentamente el jarro sobre las manos de Pilatos, que gritaba á la turba :

—«¡Yo soy inocente de la sangre de ese justo! ; Vosotros responderéis de ella !!»

Las manos se lavaron, dice San Agustín; mas el alma quedaba manchada; y después de diez y ocho siglos la conciencia cristiana arroja sobre la frente de Pilatos la responsabilidad de aquella sangre que permitió derramar. «Él fué quien mató á Cristo, puesto que él le entregó en manos de sus asesinos²». «Herodes, Caiplás, Judas, tienen su parte en el crimen; pero al cabo nada se hubiera hecho sin Pilatos. Pilatos podía salvar á Cristo, y sin Pilatos no se le podía quitar la vida. ¡Lávate las manos!... ¡Declárate inocente!... Por toda respuesta diremos todos los días, y la posteridad más remota repetirá también: Creo en Jesucristo, su único Hijo, que fué concebido del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen, y padeció muerte y pasión bajo el poder de Poncio Pilatos³».

Claudia Procla debió de dar un grito de espanto, pero se perdería entre el horrible clamoreo que llegaba al tribunal en que Pilatos se achicaba con anhelante respiración y pálida la frente.

La responsabilidad que él no había querido, *todo el pueblo*⁴ la reclamaba para sí.

¹ MATH., XXVIII, 24 : «Innocens ego sum a sanguine justí hujus : vos videritis.»

² S. AUGUST., *Sermo CXVIII de tempore* : «Ipsé enim occidit Christum qui eum tradidit occidendum.»

³ El card. PIE : *Mandement* de 22 Febrero 1861. — Cf. DUEIN : *Jésus devant Caïphe et Pilate*, p. 97.

⁴ MATH., XXVII, 23 y 25 : «Dicunt omnes... respondens unicus populus.»

—«Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos¹».

No les bastaba que su generación llevara el peso de aquel asesinato; asociaban la generación venidera, y con ella, según el ordinario modo de hablar², las que la seguirían en el curso de los siglos. No era pecado de algunos, sino de un pueblo entero hasta los últimos que lo representarían; á todos los ponían en la balanza en que se pesaban sus destinos³. Jamás la historia vió locura semejante, por fortuna para la honra de la humanidad. Víctimas augustas han subido las escaleras del cadalso; pero la nación que presencié tales atentados, no podía ser confundida con los malvados y los locos que derramaban la sangre inocente. Un partido no es un pueblo; su existencia es tan corta como reducida su acción, y no puede comprometer la responsabilidad de nadie más allá de sus propios límites, por más que se pretenda. Aun durante su dominación es negado y reprobado por muchos, si no por la mayoría; pues la historia nos hace ver de ordinario la fuerza en manos de las minorías en los días de frenesi revolucionario.

El pueblo judío no se parecía á un partido, cuando gritó : «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.» Muy al contrario : se habían borrado las divisiones de partido para unir todos los entendimientos en el consentimiento del deicidio. Fariseos y Saduceos, Celosos y Herodianos, Israelitas de la Tierra Santa y de la dispersión, todos echaron sobre sus cabezas y las de sus

¹ MATH., XXVII, 25 : «Sanguis ejus super nos et super filios nostros.»

² EXOD., XX, 5 :—DEUT., V, 9 etc. : «In tertiam et quartam generationem.»

³ RENAN, *Vie de Jésus*, 411 : «Si alguna vez hubo crimen de una nación, fué la muerte de Jesús.»

descendientes la responsabilidad, que todavía les aplasta después de diez y ocho siglos y medio. Es en verdad *todo un pueblo*, según cierta expresión célebre, *que se da cita para exterminar*, poniendo fuera de la ley al más noble y más puro de sus hijos.

¿Tienen alguna excusa, y puede explicarse su aberración? ¿Sería tan grato disminuir un poco el horror que inspira, si se encontrara por lo menos un pretexto!

El pretexto, si creemos á los escritores Judíos ¹ y á sus amigos los racionalistas ², ó hablando como hablan ellos, la *razón* sería el celo de la ley de Moisés que los Sanhedritas y el pueblo defendían contra el empeño de Jesús. «La ley mosaica, escribe uno, en su forma moderna, esto es verdad; pero aceptada, imponía la pena de muerte contra toda tentativa de cambiar el culto establecido; y Jesús, sin duda ninguna, atacaba ese culto y aspiraba á destruirlo. Los Judíos le dijeron á Pilatos con sencilla y verdadera franqueza: «Nosotros tenemos una ley, y según esa ley debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios.» La ley era detestable, pero era la ley de la ferocidad antigua; y el héroe que se ofrecía para abrogarla, debía antes de todo sufrirla ³.»

Difícil es amontonar más necesidades en menos palabras. Primeramente. ¿Qué significa esa *ley mosaica moderna*, á menos que se quieran significar los antojos que los Escribas substituyeron á la verdadera ley de Moisés, y entonces, qué valor tiene esa *ley moderna*? ¿Qué fuerza podía darle el ser aceptada, no sólo ante la conciencia, sino también ante la legalidad, aun cuando fuera verdad

¹ Desde los Talmudistas hasta Salvador y Weill.

² Cristianos de todos los matices por el bautismo, pero judíos tanto como los primeros, si no rayan en ateos. Abundan los nombres, y es inútil escoger.

³ RESAN: *Vie de Jésus*, p. 411-412.

que hubiera sido *aceptada*? Si esa ley parece hoy *detestable*, ¿no había entonces entre los Sanhedritas y los Escribas ni uno que lo echara de ver y lo declarara? El Evangelio dice positivamente lo contrario al hacer constar las protestas de José, de Nicodemo y de Gamaliel ¹; luego no era completa la aceptación ni daba la fuerza necesaria á esa *ley detestable*, aun en el seno del Gran Consejo. Además, ¿cómo la *ferocidad antigua* sirve para explicar la conducta de los Sumos Sacerdotes, Escribas y Ancianos? Admitiendo que el vulgo pudiera excusarse por cierta grosería de costumbres, por prejuicios de patriotismo y de religión, por la excitación mutua y el ciego apasionamiento de las masas, ¿disminuiría esto la culpabilidad de los jefes? Estos sabios distinguidos, estos refinados por su natural, estos pacíficos por su ministerio, ¿qué tienen que ver con la *ferocidad antigua*, como no sea por el deber de amordazarla, ó por lo menos de afrentarla?

No solamente nada hicieron por oponerse á ella y menos aún por condenarla, sino que á ellos, sólo á ellos y á sus confidentes atribuye San Juan la exclamación atroz: «¡Crucifícale, crucifícale ²!». Son, pues, responsables, con sus nombres y apellidos, de que se aplicara una *ley detestable y moderna*, es decir, hecha por ellos, y *aceptada* por los fanáticos que ellos fanatizaron y arrastraron consigo al crimen.

Pero en fin, esta interpretación *moderna y detestable* de la ley, ¿no puede cubrirse con algún género de relación que tenga con la ley misma? De modo ninguno. Con efecto: ¿dónde se ve que la ley haya condenado más que

¹ LUC., XXIII, 31. — JOANN., VII, 50 et seqq. — ACT., VI, 34 et seqq.

² JOANN., XIX, 6: *Quam ergo vidissent eum pontifices et ministri clamabant dicentes: Crucifige, crucifige eum!* — CL. MATTH., XXVII, 20; — MARC., XV, 11, etc.

el predicar la pluralidad de dioses ¹, la blasfemia contra Jehova ², el insulto á su Templo ³, ó la violación del sábado ⁴? ¿Y quién puede acusar á Jesús de haber quebrantado la fe en la unidad de Dios, de haber profanado el nombre de su Padre, de haber desconocido la santidad del Templo, y violado el descanso del sábado? La unidad de Dios es afirmada por él á cada instante, y sobre todo cuando dice que su Padre y Él son uno, ó cuando habla de su *Espíritu que procede igualmente del Padre*. La idea del Verbo divino, familiar á los Griegos ⁵, desde Platón (si no se quiere subir más arriba), no podía ser extraña á los doctores de Israel, como lo prueba lo confundidos que se vieron cuando Jesús les preguntó acerca del *Cristo, hijo de David*, y llamado *Señor* por este mismo profeta ⁶. No tenían, pues, motivo ninguno los Sanhedritas para recriminarle por tomar el nombre de *Hijo de Dios*, que justificó delante de ellos mismos ⁷, sin que tuvieran nada que replicarle. Por lo demás, ellos habían probado sobradamente el derecho y aun el deber que tenía de usar ese nombre, si era el Mesías, repitiéndole hasta la saciedad: «Si tú eres el Hijo de Dios, dinoslo claramente ⁸.»

Porque (importa fijarse en esto) si las masas no tenían una idea bastante elevada del Cristo para ver en Él un *Dios, hijo de Dios, hecho hombre*, por lo menos ellos sabían lo suficiente para interpretar convenientemente las

¹ LEVIT., XX, 2.—DEUTER., V, 7; XIII, 1-18; XVIII, 1-5.

² ID., XXIV, 16.

³ DEUTER., XII, 14.—JEREM., XXVI, 6-19; VI, 13-14.

⁴ NEM., XV, 35.—DEUTER., V, 12.

⁵ No está mal dicho; pero aunque tenían idea de *cierto verbo de Dios y de cierta trinidad*, ese verbo y esa trinidad de Platón distan infinitamente del Verbo y la Trinidad que la Teología cristiana nos enseña. (Nota del traductor.)

⁶ MARC., XII, 35-37.—LUC., XX, 41-44.

⁷ JOANN., X, 33-36.

⁸ LUC., XII, 66.—JOANN., X, 24.

profecías; y por esto tenían razón para preguntar á Jesús si era *Hijo de Dios*; pero hacían muy mal de no confrontar, como Él les invitaba, su respuesta afirmativa con las obras milagrosas que le veían hacer ¹, y de no sacar la consecuencia que era evidente.

Que el Mesías debiera en su día cambiar el culto, transformándole para adaptarle á las necesidades de toda la humanidad, eso ya lo sabían por los profetas ². Por consiguiente, su primer deber era comparar los títulos de Jesús con el nombre y el papel de Mesías; y su segunda obligación era inclinarse ante su enseñanza, en vez de tomarla por arma contra él en nombre de un culto destinado á concluirse.

Pretender que *había blasfemado de Dios*, como Caifás se lo sugirió, no había sido posible en toda su vida: cuando su comparecencia ante el Sanhedrín, eso no era más que una farsa que debía causar vergüenza á los actores. Lo mismo hay que decir de su *blasfemia contra el Templo*, contenida, según decían, en palabras cuyo sentido se guardaron muy bien de precisar, y que además no las incluyeron en sus capítulos de culpas. ¡Cosa extraña! Esa gente que con tanto calor le reprochaba imaginarias *violaciones del sábado* ³, no dijo una palabra de tal cosa durante el proceso ante el Sanhedrín.

¿Qué resta, pues, de la *ley violada*? El interés personal de ellos que peligraba: nada más. Buenas ganas tendrían los Sacerdotes y magistrados de poder invocar la

¹ JOANN., X, 38: «Si mihi non vultis credere, operibus credite.»

² Daniel, Oseas, Joel, Malaquías, habían predicho la cesación de los antiguos sacrificios y la institución de un sacrificio nuevo ofrecido por toda la humanidad. La Samaritana sabía que el Mesías llevaría á cabo ese cambio. (JOANN., IV, 21-26.)

³ MATTH., XII, 2.—MARC., II, 24 y sigs.—LUC., VI, 2; XIII, 14.—JOANN., V, 10, etc.

sentencia del Deuteronomio, que condena á muerte al orgulloso reo de revelarse contra las decisiones de la autoridad legítima¹. Pero se les podría haber recordado con cuánto cuidado inculcaba obedecer á los escribas *sentados en la cátedra de Moisés*, al mismo tiempo que recomendaba *no imitar sus obras*². Pilatos podría haberse acordado de esto y echárselo en cara; mejor les pareció, porque estaban seguros de crear un conflicto al Procurador, acusar á su adversario de que pretendía la corona de Israel, y sólo detrás de esta pretensión dejaron caer la acusación de impiedad, porque sabían, como ya lo hemos dicho, la relación estrecha que enlazaba la misión del Mesías con el reino universal. Á este Rey no lo querían por nada; como que su advenimiento sería la ruina de ellos; el pueblo caería en el engaño; el Procurador no vería la verdad sino á medias; lo único que quedaría en claro sería la amenaza al César, y de aquí, por consiguiente, la necesidad de ensafiarse contra el autor del atentado.

Esto era odioso y vil, pero era hábil y provechoso. He ahí á qué se reduce la *ley mosaica moderna*, tan afortunadamente invocada por el escritor francés, á quien el mundo debe la apología de Judas en la *Vida de Jesús*³. Añade que esa ley estaba *aceptada*. Ya lo hemos probado: la tal ley fué protestada en el seno del Gran Consejo; pero el pueblo, ¿en qué concepto la tenía?

Digamos ante todo (es menester afirmarlo con tesón) que las muchedumbres no piensan nada sobre cosa ninguna. En ciertas ocasiones parece que se mueven por

¹ DEUTER., XVII, 12: « Qui autem superbiarit, nolens obedire sacerdotibus imperio... et decreto iudicis, morietur homo ille, et auferes malum de Israel. »

² MATTH., XXII, 23: « Super cathedram Moysi sederunt Scribae et Pharisei; omnia ergo quaecumque dixerint vobis, servate et facite; secundum opera vero eorum nolite facere. »

³ RENAN: *Vie de Jésus*, p. 381-382 y p. 437-438.

convicciones propias, en las que el observador ve apasionamientos fácilmente contradictorios, determinados por causas que muchas veces son ilógicas é ignobles. Al modo que los rebaños fascinados por el pánico se precipitan al abismo arrastrándolo todo á su paso, así las concitadas muchedumbres se arrojan derechas al crimen con los ojos cerrados, sin perjuicio de que luego al punto se lamentan de las ruinas y las muertes¹. Eso es lo que da de sí la perversidad particular de los agitadores á quien se entregan crédulas, mientras llega la hora de aplastarlas como acontece de ordinario.

La turba alborotadora de Gabbatha no existía el día antes, según es fácil convencerse de ello con examinar qué elementos la componían. Los Judíos de la dispersión, apenas llegados de las cuatro partes del mundo, no habían tenido tiempo de unirse y entenderse con los de la Judea. Los Galileos, los Helenistas de Siria y Egipto, los prosélitos de todas las procedencias, se hallaban en el mismo caso: bastante habían tenido que hacer con buscar hospedaje, proveerse de viandas, hacerse con el indispensable cordero pascual y purificarse en los atrios para celebrar dignamente la fiesta. Durante los ocho días precedentes no les vemos reunidos en gran número en parte alguna, á lo cual además se habrían opuesto las autoridades romanas. Los bazares, los sinagogas, los corredores del Templo estaban atestados; pero entraban y salían, cada cual con los cuidados que le preocupaban personalmente, es decir, los menos á propósito para determinar una inteligencia común en tan grande aglomeración. La misma muchedumbre que siguió á Jesús en su entrada triunfal, el día de los Ramos, no se parecía nada al gen-

¹ Como tantas veces lo hemos visto en 1870 y 1871. — V. MAXIME DU CAMP: *Les Convulsions de Paris*; — HENRI JOLY: *La France criminelle*, etc.

tío apinado delante de la Antonia. Los Galileos entusiasmados, los extranjeros curiosos, los Judíos irritados, no formaban un cuerpo, ni se prestaban á una excitación capaz de arrastrarlos á un mismo fin. ¿Cómo, pues, se formó ese *pueblo* ¹ que fué *entero* á pedir á Pilatos la muerte de Jesús?

La famosa *ley mosaica moderna* estaba aceptada por la mayor parte de los Judíos de Jerusalén, de los de la Judea en gran número y de los partidarios de los Escribas esparcidos en la Galilea, por lo menos en el sentido de que no podían reemplazarla por otra contraria á sus prejuicios y pasiones. Esos estaban en hostilidad permanente con Jesús: en Jerusalén se unían para hacer frente al enemigo común y trabajaban juntos para crearle adversarios; y así formaban para los Sanhedritas un ejército siempre dispuesto á entrar en campaña ². La entrada triunfal del Salvador lo movilizó, digámoslo así, y la consecuencia de esta nueva actividad fué un aumento de fuerza y de audacia: allegó reclutas, atraídos por diversos sentimientos: el temor, el interés, el fanatismo, y ese respeto á la autoridad que sobrevive en tantas almas, al menosprecio de las personas y de las instituciones.

La mañana del 14 de Nisan, los Sanhedritas tenían, pues, á su disposición considerable número de adherentes, con los que bajaron de Sión para atravesar Acra y subir hacia la ciudadela, arrastrando consigo á los curiosos, indiferentes al principio y después contagiados con el calor de los fanáticos. Asusta el pensar lo que puede á

¹ MATTH., XXVII, 25: «*Universus populus.*» — LUC., XXIII, 18: «*Universa turba.*»

² San Pablo hace recaer la responsabilidad principal del deicidio sobre los habitantes de Jerusalén y sus príncipes: «*Qui enim habitabant Jerusalem et principes ejus... petierunt a Pilato ut interficerent eum.*» — (ACT. APOST., XIII, 27-28.)

favor del crimen esa indiferencia de primera hora: bien lo sabían los Sanhedritas, y contaban con sacar de ella más provecho quizá que del odio de los afiliados ¹.

Pero, ¿y los Galileos, sobre todo los que habían recibido beneficios del Maestro ó formado parte de sus discípulos? La respuesta es humillante para la humanidad; pero es preciso darla. Los unos, como los Apóstoles, tenían miedo y estaban escondidos; los otros, atentos á que se les perdonara el haberle reconocido, se mezclaron entre las turbas, y seguramente gritaban más fuerte para evitar sospechas. ¿Qué les importaba á éstos la ley? Su gran cuidado era que no los engullera el torbellino en el naufragio del Nazareno, y, por salvarse, le habrían arrancado el pedazo de tabla en que le hubiesen visto agarrado. ¿Cómo podrían maravillarnos esas defecciones? ¿No es eso lo que se estila en este nuestro tiempo de apostasías y negaciones?

Cuanto á los extranjeros y prosélitos, su fe, dado que la conservaran, tenía raíces bastante poco profundas para que resistieran largo tiempo. Hemos visto el resultado dudoso que obtenía Jesús de esos oyentes de ocasión, á que alude la parábola del *Sembrador*, cuando habla del grano que cayó en el camino, ó sobre piedra ². Esos aceptarían sin trabajo las explicaciones de los Judíos y las razones del Sanhedrín; sobre todo después de la excomuniación mayor de la víspera, cuyo aparato les había impresionado la imaginación.

El gran delito de Jesús, á los ojos de toda esta gente, era no haber salido adelante. ¡Cuántos de aquellos que

¹ Para comprender bien cómo se forman, cómo se dejan llevar, y lo que hacen las turbas, no hay sino leer las tres ó cuatro páginas que á este asunto dedica M. Enrique Joly en su libro *La France criminelle*, c. XV, página 406 y siguientes. No hay nada nuevo; nada cambia debajo del sol.

² MATTH., XIII, 4-6.

pedían su muerte le habían aplaudido, y estaban todavía dispuestos á aclamarle si algún resorte milagroso levantara su fortuna! Verdad es que la mayoría no abrigaba tal esperanza; para ellos había acabado del todo, y, según es el instinto del populacho, sólo servía ya para pisotearle y aplastarle. Hay siempre en estas reuniones de hombres, aparentemente inofensivas, fieras que tienen sed de sangre y la comunican á los demás. ¿Cómo? Nadie puede explicarlo; pero el hecho se repite con demasiada frecuencia para ser negado. Mil hombres que se juntan, sin saber para qué, se separan una hora después preguntándose con terror el motivo del asesinato que acaban de cometer ó de aprobar: nadie lo preveía; todos lo han querido; queda indeterminado y anónimo, pero pesando sobre todas las almas y todas las vidas. Los agitadores, ó volviendo á nuestro asunto, los Sanhedritas, son evidentemente los grandes culpables en este trance; pero los demás no son inocentes, y sus manos están manchadas con la sangre del Justo.

Pilatos, entretanto, cogido en su propia red, no podía ya negarse á los deseos de los Judíos. Envió, pues, orden á las prisiones del Sanhedrin ¹, donde era costumbre todavía guardar á los reos, ó hizo poner en libertad á Barrabás ².

«Pero aquel hombre, dice San Juan, era un ladrón ³.» ¡De este modo el idolo del *pueblo de Dios* era aquel día un bandido, émulo del traidor Judas, que también era un ladrón! ¡Con qué ironía se vengaba Dios anticipadamente ⁴! Pero entonces no lo comprendían ellos, y se pre-

¹ Así se entiende ordinariamente el verso 16 del capítulo XXVII de San Mateo: «Ihabebat (sobrentendiendo *populus*) tunc vincitum insigneum qui dicebatur Barabbas.»—V. FOUARD: *Vie de Jésus*, t. II, p. 350, nota 4.

² MATTH., XXVII, 26: «Tunc dimisit illis Barabbam.»

³ JOANN., XVIII, 40: «Erat autem Barabbas latro.»

⁴ LANDULFO: *Vita Jesu Christi*, 2.^a parte, c. LXII, 4: «Latrones latronem pellerunt.»

cipitaban detrás del bandido libertado dándole vivas. Barrabás no era solamente un ladrón; había cometido un asesinato en una sedición promovida por él ¹ como aquellos sicarios cuyas hazañas cuenta Josefo ². Después de haber robado en los caminos, se había venido á ejercitar su talento en la Ciudad Santa, por su cuenta y por cuenta de quien lo pagara, eso importaba poco; ¡tan miserable era este personaje! Soldado obscuro del ejército del mal, habría caído en el sepulcro sin que nadie lo nombrara; á no ser por el capricho que le antepuso al Redentor. Así llama la atención el feo murciélagos deslumbrado por la luz de la mañana, y pegado á rica fachada de un templo.

La libertad de Barrabás llevaba consigo la ruina de Jesús; Pilatos no lo podía olvidar. Así hubo de mandar que fuera azotado Jesús, prelude ordinario de las ejecuciones capitales, pero que él esperaba, no obstante, utilizar en un esfuerzo supremo, en favor del sentenciado.

Mientras daba sus órdenes, seguramente el Procurador pensaba con tristeza en la humillación que sufría como hombre y como magistrado. No solamente había cedido, sino que lo había hecho en contradicción con su conciencia y con la ley romana que decía formalmente: «No debe escucharse la voz del pueblo cuando reclama la absolución de un culpable ó la condenación de un inocente ³.»

Sentíase envuelto en un torbellino, rodando hacia lo desconocido, y como los desdichados que arrastra la ola, se agarraba obstinadamente á las algas que debían acabar de perderlo en vez de salvarlo.

¹ LUC., XXIII, 19: «Propter seditionem quamdam factam in civitate et homicidium missus in carcerem.»

² *Bell. Jud.*, IV, XI, 4. 3.—Cf. CHAMPAGNY: *Rome et la Judée*, t. II, p. 64-62.

³ «Voces populi non sunt audiende... quando aut noxium crimine absolvi aut innocentem condemnare desiderant.» — *Codex*, lib. IX, tit. 47, núm. 12, de *Pennis*.

CAPITULO VI

LA FLAGELACIÓN Y LA CORONACIÓN DE ESPINAS ¹.

Tunc ergo apprehendit Pilatus Jesum et flagellavit. Et milites plectentes coronam de spinis imposuerunt capiti ejus, et veste purpurea circumdederunt eum. Et veniebant ad eum et dicebant: Ave, rex Judaeorum... Exiit Jesus portans coronam spinis et purpureum vestimentum, et dicit eis. (Pilatus): Ecco Homo.

JOANN., XIX, 1-5.

La palabra de Pilatos: «Yo le castigaré», equivalía definitivamente á una orden para que le azotaran; y para comprender bien su alcance, conviene nos detengamos á estudiar los documentos relativos á este género de suplicio.

Designaban los antiguos con la palabra *flagellatio* una pena reservada á los esclavos, que los era impuesta, ya como un castigo particular ², ya como una agravación de la pena de muerte ³. Era, pues, un suplicio infamante, y Pilatos pensaba aplacar el odio y el desprecio de los Judíos con una humillación tanto más cruel cuanto en la persona de Jesús atacaría á la descendencia de David y á la corona de Israel. Y no contaba sólo con este envilecimiento de la víctima: la flagelación era una cosa que

¹ Véase en el apéndice, letra E.

² MARCELL: *Digest.*, XLVIII, 9, 10.—JUVENAL: *Satir.*, VI, 478.

³ V. TITO-LIVIO, QUINTO-CURCIO, JOSEPHO, PHILON, etc.—Cf. S. GERÓN: *In Matth.*, XXVII, 4.

VI. — LA FLAGELACION Y LA CORONACION DE ESPINAS. 281

causaba tal espanto, que el Procurador abrigaba la esperanza de conmover los corazones con el espectáculo de los sufrimientos del reo ⁴.

Toda la antigüedad está conforme en considerar este tormento como mayor que todos los que á primera vista pueden comparársele. Juvenal se indigna de que se lo apliquen á un hombre, aunque sea esclavo y criminal, y fustiga á las matronas pervertidas y feroces que lo mandaban en sus casas, á pesar de las protestas de sus maridos ⁵.

Efectivamente, no se trata aquí del *apaleo* tan usado en Oriente aun en la actualidad, y que la ley de Moisés ordenaba para ciertos delitos de orden secundario. Tampoco se trata de las vaquetas, *castigatio*, que los lictores daban á los condenados, con las varillas de abedul ó de avellano de que se componían sus fascas, aunque la prolongación de este castigo pudiera producir efectos mortales. El *encorcamiento* de los Orientales modernos, por muy dolorosos que sean sus efectos, no podría dar una idea de aquello. Para acercarse á la realidad, hay que venir al *knout* de Rusia, antes del emperador Nicolás, ó á ese horroroso instrumento de tortura que Inglaterra ha conservado hasta nuestros días con el nombre de *cat of nine tails* ⁶, extraños testigos de la dificultad con que las sociedades repudian las tradiciones de su barbarie original.

Quando se lee en los relatos moscovitas la descripción del suplicio del *knout*, se experimenta horror ó compasión, muy fácil de explicar si se tiene en cuenta que el

⁴ S. AUGUSTIN (*Tract.* CXVI) lo dice positivamente: «Hoc Pilatus non ob aliud fecisse credendus est nisi ut ejus injuriis Judaei satiati, sufficere sibi astimarent et usque ad ejus mortem saevire desisterent.»

⁵ JUVENAL: *Satira* VI, 479.—Cf. HORACIO: *Satira* II, 113.

⁶ *Gato de nueve colas*, para indicar el número de tiras. El *knout* se componía de una sola. FARRAR (*Life of Christ*, p. 430.) que habla del *knout* se guarda bien de mencionar el azote británico. La Alemania moderna no tiene nada que envidiar á Inglaterra, desde este punto de vista.

verdugo podría matar al reo al primer golpe ¹. Una pericia, que sólo el pensar en ella estremece, graduaba los sufrimientos y permitía llevar al paciente hasta las puertas de la muerte, en una progresión que aumentaba el dolor sin disminuir el sentido. El último ronquido estertoroso, el último alarido, debían hacer ver que el desventurado había conservado hasta lo último el conocimiento de su expiación.

Sin embargo, el azote del verdugo ruso no tenía más que una tira; pero se retorcía con tan horrible flexibilidad, y cogía el pecho del criminal con tan doloroso apretón, que representaba, él solo, todo un arsenal de instrumentos de tortura. Según la mayor fuerza que le imprimía el brazo del ejecutor, marcaba en la piel un surco lívido ó sangriento, magullando la carne ó cortándola hasta el hueso. La sola expresión, pues, «morir azotado», podía causar estremecimiento cuando se hablaba de la justicia moseovita ².

¹ He aquí la descripción del *knout*, según un testigo ocular: ayudara á comprender el suplicio de la flagelación.

«Figúrate un palo corto y bien agarrado: lleva en la punta una larga correa de cuero duro que termina en forma triangular, y tiene á lo largo una especie de ranura ó canalón. El verdugo da el correazo, casi como un pescador echa su anzuelo; el cuero se adhiere al cuerpo del paciente por la ranura que hace el vacío, y cuando el verdugo tira de la correa, se lleva al propio tiempo una lista de carne del mismo ancho y largo que la ranura. Los verdugos manejan este instrumento con maravillosa destreza, y el peso de la correa es tal, que un golpe bien dado en la espina dorsal la parte en redondo. En cambio, si el verdugo quiere prolongar el suplicio, arranca tan ligeras tiras de carne, que el paciente queda desollado antes de espirar.»

«El *knout*, había dicho ya el mismo escritor, es un suplicio tan espantoso, que á veces le pagan al verdugo para que acabe con el paciente al primer golpe.»

Esta cita está tomada de M. Simon Boubée (*Trois coups de knout*). Aunque sea de un escrito más literario que histórico, nos ha parecido bien copiarla, porque en palabras más interesantes dice lo que se encuentra en muchas obras relativas á la antigua Rusia.

² Cuanto acabamos de decir es aplicable al suplicio de azotes como se

Pero según el testimonio mismo de los rabinos, la justicia del Sanhedrin había encontrado, mucho tiempo antes, el medio de sobrepujar á la de Rusia. El azote de sus verdugos estaba armado de cuatro tiras que señalaban trece surcos en el pecho y trece sobre cada hombro. Este número de treinta y nueve golpes había fijado la costumbre, aunque la ley permitía cuarenta ¹, por temor de que, en el calor de su fiera, el verdugo comprometiera la vida del sentenciado. Aun restringido así el número, podía causar la muerte, y en este caso el ejecutor no era responsable si no había aumentado el número de latigazos en proporción considerable: tan natural parecía que la víctima muriese de este suplicio ².

Cualquiera que sea el terror que inspire la flagelación, tal cual acabamos de describirla, es muy diferente cuando se aplica del modo que los Romanos la practicaban. Abundan mucho los documentos, según los cuales este castigo, como decía Pilatos, era cien veces peor que la muerte. Ya hemos nombrado las varas que los lictores llevaban atadas en hacesillos y les servían para azotar á los culpables. Su uso lo describe Cicerón ³, con justa indignación á juzgar por un cuadro que tenemos á la vista. Sextio, fustigado por orden de Verres en la plaza de Lilybea, fué dejado por muerto, y murió efectivamente poco después. Y eso que era el castigo de un hombre practica en Prusia. La descripción de M. Boubée sale casi palabra por palabra en el libro de M. Crohn: *Manuel du directeur de prison* (1889).

¹ DEUTER., XXV, 2-3: «Ita duntaxat ut quadragenarium numerum non excedant.»

² SEPP: *Vie de N.-S. J.-C.*, II, 421.—Es curioso juntar estas observaciones con esas palabras tomadas del *Manual* prusiano arriba citado: «Cuando se aplica el azote es menester que el pellejo salte al quinto golpe. Los siguientes alargan la herida, y al acabar el castigo la espalda está enteramente en carne viva. Cada golpe debe romper una tira de medio centímetro....»

³ CICERO: *In Verrem*, V, 54.

libre ¹: las varas y no el *flagellum* habían caído sobre su pecho y hombros. A los esclavos les hacían sufrir más: no tenían otros derechos en esa «bella antigüedad» cuyos ejemplos se nos invita con tanta frecuencia á meditar.

Horacio no temió llamar *horrible* ², al *flagellum*, y este calificativo no tiene nada de exagerado. No obstante, se usaba de ordinario en las casas romanas donde armaba oficialmente el brazo del esclavo llamado *lorario*, de *lora*, el zurriago que manejaba con tanta destreza como indiferencia ³. A primera vista este *flagellum*, nombre diminutivo de *flagrum*, parece menos temible que los instrumentos similares designados con otros nombres; pero en realidad lo es mucho más, porque «el diminutivo no se aplica sino á la delgadez de las tirillas de que consta y que aumentan el dolor de los golpes.... Las heridas que hace, se expresan siempre con palabras significativas de cortar, *cadere*, *secare*, *scindere*, á diferencia de las relativas al *flagrum*, que expresan la acción y efecto de golpear fuertemente, como *pinsere* ó *rumperé* ⁴». El *flagrum*, que algunos comentaristas han querido ver en las manos de los lictores de Pilatos, se componía de cordeles armados de huesecitos, ó de cadenas terminadas con botones de metal. Sin duda alguna, era una arma terrible en manos de un ministro brutal; pero el *flagrum*, más horrible en apariencia, distaba mucho del *flagellum* con sus correitas desnudas y lisas. Podía ocasionar la muerte á fuerza de zurriagazos, no la daba necesariamente, y cuando le vemos aplicado á ciertos mártires, hay que atribuir á la delicadeza de las vírgenes, que envia-

¹ W. GORS: *Pilatus Judex*, p. 52, citando á CUIJAS, lib. XXVIII, § 2, de *Pennis*.

² HORAT.: *Satir.* lib. I, III, 119: «Horribili flagello.»

³ JUVENAL.: *Satir.* VI, 480.

⁴ A. RICH.: *Dictionnaire*, v. *Flagellum*.

ba al cielo, la causa principal de sus efectos mortales.

El horror que inspiraba el *flagellum* era, como ya lo hemos dicho, tan natural, que la cualidad de esclavos no impedía que se tuviera compasión de las víctimas ¹. Verdad es que las damas se complacían en mandarlo; pero los hombres conservaban todavía bastante corazón para volver la cabeza, si no se atrevían á oponerse á los caprichos sanguinarios de sus esposas. Sin embargo, este resto de humanidad lo reservaban para la vida doméstica; fuera ya era otra cosa, y ningún funcionario romano tenía por malo ordenar la flagelación así que las circunstancias se lo permitían. Los cristianos, considerados por la justicia de los Césares y procónsules como la infima clase de los hombres, habían de saberlo por triste experiencia; pero, más felices que los paganos de condición servil, su paciencia estaba sostenida por el recuerdo de Aquel que tuvo á bien *tomar la forma de esclavo* ², *ser contado en el número de malhechores* ³ y sufrir la afrenta de la más cruel flagelación.

El divino Maestro fué, pues, conducido hacia una columna de mármol, fija en el suelo, en el ángulo nordeste del pretorio. Una anilla tenía soldada en la parte superior esta columna, cuya escasa elevación ⁴ obligaba á la víctima atada por los puños en la anilla, á mantenerse encorvada hacia adelante, presentando sus espaldas á la acción de los azotes. Pilatos pronunció las palabras tradicionales: «Anda, lictor, átale las manos, cúbrele la cabeza y azótale con vigor y precaución» ⁵. Los ejecuto-

¹ JUVENAL.: *Satir.* VI, 479 et seqq.

² PHILIPP., II, 7: «Formam servi accipiens.»

³ ISAI., LIII, 12: «Cum sceleratis reputatus est.»

⁴ Como pie y medio sobre la base cuadrada que la sostenía.

⁵ La fórmula variaba según las circunstancias: «I lictor,.... virgis cedito!»—Cf. SEPP, II, 422.

res le desnudaron ¹, le ataron fuertemente las manos á la anilla de la columna, y le echaron sobre la cara el velo destinado á ocultar sus lágrimas y apagar sus gritos. Hubo gran silencio alrededor de la fatal columna, y todos esperaron con angustia indefinible la señal del Procurador.

Según la costumbre romana, cuando se trataba de un hombre libre, los alguaciles del procónsul ó del pretor, desataban sus hacecillos, y colocados á ambos lados del criminal le azotaban con las varas bajo la dirección de su jefe, el *proximus lictor* ². Si, pues, Pilatos hubiera tenido el derecho de hacerse preceder por las fasces, la escena dolorosa que nos resta describir habría tenido por actores á los lictores; quizá á esos *brucianos* ³ que la ley ponía como esclavos públicos al servicio de los magistrados enviados á las provincias. Mas parece que no le correspondía este derecho, como tampoco lo tenían otros procuradores que la historia menciona ⁴; por más que en los *Hechos Apostólicos* se dé el nombre de lictores á los ujieres de los magistrados de Jerusalén ⁵. El mismo cuidado que el Evangelio tiene de atribuir á los soldados, *milites* ⁶, la coronación de espinas y la crucifixión, parece que excluye la presencia de funcionarios especiales al lado de Poncio Pilatos. Por otra parte, la tradición nos induce á creer que el Procurador, tratando á Jesús como esclavo, se atuvo al uso de los Judíos. Por consiguiente, debió de encargar la flagelación á un solo ejecutor, que, armado de unos azotes de cuatro ramos, estaba detrás de

¹ SANTA BAIGIDA: *Lib. Revelation*. I, c. X, 7: «Nihil omnino operimenti habebat, sed sicut natus est, sic stabat et patiebatur erubescens iam nuditatis suae.»

² CICEBO: *In Verrem*, V, 34.

³ Habitantes de *Bratium*, en Italia, especie de *íotas* latinos.

⁴ FREDLIEB: *Archéologie de la Passion*, p. 396.

⁵ ACT.: XVI, 35 y 38.

⁶ MATH., XXV, 27.—LUC., XXIII, 36.—JOANN., XIX, 2 y 23.

la víctima, montado en un escaloncito de piedra á fin de asestar más seguramente sus golpes. Nos ha quedado, en efecto, un pedazo de las correas enrojeadas con la sangre del Hombre Dios ¹, y podemos concluir con toda seguridad que los lictores romanos no desempeñaron aquí su oficio ordinario ². El suplicio del esclavo judío les incumbía probablemente á los *chaouchs*, verdugos más viles, á que se habrían aficionado en las cortes asiáticas los legados de Oriente. Esos magistrados se acomodaban fácilmente á las poblaciones confiadas á su cuidado, cuando no se interesaba el honor del nombre romano ó el decoro de su cargo. Además, la guarnición de la Antonia se componía en gran parte de reclutas de Syria é Idumea, á cuyos hábitos era natural conformarse en ocasión como ésta. El Evangelio, absteniéndose de toda indicación particular, nos da á entender que las cosas pasaron conforme á la costumbre.

El espectáculo no debía de ser menos horrible. Á la orden del Procurador, el verdugo comenzó á descargar azotes lentamente, tardando en repetir los golpes sobre la carne palpitante, para que ninguna parte quedara sin dolor. Juntáronse unos con otros los cardenales, antes de hacer otros al cruzado con inhumana destreza, sacudiendo todo el organismo con espantosa conmoción. Pronto la piel se desprendió en sangrientos jirones; los costados, descarnados por las extremidades agudas, dejaron ver los huesos, y las palabras proféticas del Salmista «*Golpearon mis espaldas como un yunque* ³; se han podido contar

¹ Se conserva en el convento de San Benito, cerca de Subiaco.—V. ROHAULT DE FLEURY: *Instruments de la Passion*.

² GEYKIE: *Life of Christ*, II, 348.—SEPP. (II, 422) piensa lo contrario sin dar prueba alguna.

³ PSALM., CXXVIII, 3: «*Supra dorsum meum fabricaverunt peccatores.*»

*todos mis huesos*¹, se cumplieron al pie de la letra. La cara y los mismos ojos no se libraron de los azotes, pues gozaban los verdugos en azotar el rostro del paciente para aumentar el dolor de su expiación².

Cuanto más delicada complexión tiene un hombre, tanto más capaz es de sufrir, y toda la energía de que está dotado no disminuye nada la intensidad del dolor, sino al contrario. Ahora bien: la humanidad no tuvo nunca más perfecto representante, y esta misma perfección de la carne y del espíritu añadian á cada uno de los golpes recibidos una vehemencia de dolor que apenas podemos concebir. Difícil es decir cuánto podría sufrir un hombre ordinario en circunstancias parecidas; pero lo que debió de sufrir Jesús, eso no lo explicará nadie, como no sea él mismo en las expansiones de la eternidad bienaventurada.

Renunciamos, pues, á comprender al presente esta segunda agonía, que habría sido la última, si la voluntad misma del divino mártir no hubiese dispuesto otra cosa. Tenía que morir á otra hora y en otro sitio: ¿no había predicho que sería *levantado en la cruz para atraer todas las cosas á sí mismo*³?

Pero no debemos pasar adelante sin recoger una enseñanza que sorprende naturalmente al espíritu atento á contemplar los padecimientos del Redentor. En la antigua Ley, la pena de azotes se aplicaba á ciertas culpas carnales, como la del hombre libre con mujer esclava.

¹ Id., XXI, 18, «Dinumeraverunt omnia ossa mea.»—Cf. EUSEB.: *Hist.* XV, refiriendo la flagelación de los mártires de Smirna.

² GEIKIE: *Life of Christ*, II, 548.—Cf. S. BRIGIDA.: *Lib. Revelation.* I, c. x, 8. Es difícil encontrar una descripción más lastimera de la flagelación. Esas pocas líneas valen cien veces más que las páginas de la V. María de Agreda y de Cabalina Enmerich.

³ JOANN., XII, 32: «Si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum.»

va¹. Así piensan autores piadosos que, entre la larga serie de expiaciones sufridas por nosotros, la flagelación tuvo por objeto especial los pecados contra castidad. Efectivamente: ¿no es poner la libertad del espíritu bajo el yugo de la carne eso de obedecer al instinto de placeres pecaminosos? Y al hombre así degradado, ¿qué pena le correspondía mejor que los azotes, cuando, representado por el Hijo de Dios, se ofrecía á la justicia divina para pagar su deuda ó implorar perdón?

Entretanto, la flagelación tocaba á su término². La víctima, molida, jadeante, se desplomaba en el suelo teñido de sangre. Los ejecutores desataron las manos del ajusticiado, le levantaron y volvieron á ponerle sus vestidos, esperando nuevas órdenes. Mas Pilatos no había asistido, según parece, á la ejecución de su decreto, que presidió el centurión de la guardia: efectivamente, el relato evangélico no supone la presencia del Procurador ni de algún otro oficial superior en quien recaiga la responsabilidad de los excesos que van á continuación. Metido en tal compromiso, el desventurado representante de Roma perdió el tino; acudía á pedir consejo á los Sanhedritas, quería dirigir los sucesos, y, sin embargo, dejaba correr las cosas por ver si los hechos consumados le ofrecían el medio de evitarse una decisión enérgica más peligrosa³.

Los soldados no podían estar en el secreto de sus va-

¹ LEVITIC., XIX, 20: «Homo si dormierit cum muliere... quæ sit ancilla... vapulabunt ambo.»

² Se ha disertado largamente sobre el número de golpes que recibió Nuestro Señor. La mayor parte de los que se refieren á *Revelaciones*, hablan de cinco mil azotazos y más. Inútil nos parece discutir tales aserciones y otras que ponderan, como se ve en Catalina Enmerich (c. XXII). El anotador de Santa Brígida, Gonzalvo Duranti, piensa sencillamente que pasaron de cuarenta golpes, pero no pasa a precisar nada. La misma Santa Brígida no fija número alguno.

³ S. AUGUSTIN.: *Tractatus CXVI in Joannem.*

cilaciones, y para ellos Jesús azotado era un hombre condenado al suplicio de los esclavos, la Cruz, oyendo como oían á los Judíos reclamar que se levantara. De esto inferían con su lógica que el Procurador había querido humillar con tan afrentoso castigo las pretensiones del reo á la corona de Israel: cuanto más había soñado levantarse el Nazareno, tanto más había querido hundirle el Procurador; y así ellos, los vengadores del pueblo-rey, debían seguir la marcha, graduando más y más la repulsión á todo pretendiente de la realeza. Ocurriéronse entonces una idea, y se apresuraron á ponerla por obra: hacer, á su modo, un rey de los Judíos.

Arrastrando consigo á Jesús, vuelven al medio del Pretorio, donde llaman á todos sus camaradas de la cohorte alojada en la Antonia¹, es decir, unos quinientos hombres de infantería, de á caballo, vivanderos y sirvientes de toda clase. Mientras se reunían todos, hacen entrar á su víctima en el cuerpo de guardia, le desnudan, después le ponen una clámide de púrpura para imitar el manto real que los Monarcas usan el día de su proclamación². ¡Pero le falta la corona! César no la lleva, dejando desdefiosamente á los príncipes tributarios ó aliados el derecho de adornarse con ella. En Oriente, al revés, la diadema es la insignia necesaria del poder supremo; no ya la simple banda de lana de los héroes helénicos, sino la mitra, *ínfula*, ó la tiara, *cidaris*, gorro alto terminado en puntas ó rayos, cubierto de láminas de oro y de piedras preciosas³. Así se coronaba el primer Herodes; así se presentaba el Sumo Sacerdote en circunstancias solemnes⁴;

¹ MATH. XXVII, 27: «Tunc milites presidis, suscipientes Jesum in pretorium, congregaverunt ad eum universam cohortem.»

² MARC., XV, 47: «Et induunt eum purpura.»

³ A. RICH: *Dictionnaire*, en las palabras: *Cidaris, Infula, Mitra, Tiara*.

⁴ EXOD., XXIX, 6: «Et pones tiamam in capite ejus.»—Cf. *ib.*, XXVIII, 36 y 39.

así querían ellos presentar el nuevo rey á las rechifas de la turba.

Un aro de junco tomado de la cuadra de sus caballos representa la diadema propiamente dicha, esa banda de lana recamada que ciñe la frente de los príncipes por encima de la tiara¹. Después, en este rodete, ponen ramas de espinas tomadas del haz que tenían para quemar en su cuartelillo². Así formaron un casquete alto, de donde salían largas puntas, imitando los rayos de la mitra caldea³. ¡Ay!; Esas puas no salen sólo por fuera! ¡Agudas y desgarrantes salen por todos lados, á lo interior como á lo exterior, surcando la frente y el cráneo de Jesús! Para que la ironía sea más cruel, es la estación de primavera, y algunas flores blancas abiertas en los tallos⁴ figuran las perlas, que hacen juego con los rubies formados de las gotas de sangre pendientes en las puntas. ¡Ahora un cetro! Para eso servirá una caña, que le ponen entre las manos al sentenciado⁵. ¡Todo está bien! Lo contemplan un instante satisfechos, abren la puerta, fuera de la cual se apiñaba la cohorte, y le empujan hacia adelante con gritos, risotadas y silba!

Obtuvieron un aplauso regocijado; pareció bien el espectáculo y digno de aclamaciones; se retiran las filas con aparente respeto; después se forma círculo alrededor de un pedazo de columna, que uno de ellos tuvo la feliz

¹ Este círculo se conserva en el tesoro de Nuestra Señora de Paris.— Véase su historia en ROHAULT DE FLEURY: *Les Instruments de la Passion*.

² MATH., XXVII, 29: «Plectentes coronam de spinis posuerunt super caput ejus.»—Esas espinas eran indudablemente del *Rhamnus spina Christi* (ROHAULT DE FLEURY: *Mémoire sur les instruments de la Passion*).—Cf. TRYSTRAM: *Natural history*, y HASSELQUIST: *Travels*,—que indican el *Nebek*.

³ ROHAULT DE FLEURY, *loc. cit.*—TROULLAT: *le Rosaire aux Saints Lieux*, p. 117.

⁴ Conforme á una tradición justificada con frecuentes milagros.—Véase el apéndice, letra F.

⁵ MATH., XXVII, 29: «Posuerunt.... et arundinem in dextera ejus.»

ocurrencia de hacer rodar hasta allí¹; trono bien escogido para el rey que se inaugura, vestigios de una sedición judía, como ese resto de hombre, que otra sedición se va á llevar muy pronto.

«¡Asiéntate!», le dicen; y cae sobre aquel asiento rodadizo que empujan con malicia para hacer rodar al desventurado. Él vacila, resbala, se levanta haciendo un esfuerzo con sus rodillas magulladas y sus manos encadenadas. La caída ha descompuesto la simetría de su corona; la agarran con los dedos crispados, y le golpean en la cabeza para sujetar las espinas². Después organizan solemne desfile; pasan despacio delante de él doblando la rodilla, y rindiéndole homenaje con el saludo tradicional: «*Ave Rex judaeorum*, salud, Rey de los Judíos³.»

Á los pocos instantes se suspende el desfile; uno de los que pasan ha imaginado una nueva burla; abofetea al paciente, le escupe en la cara, y acaba de comprimirle la corona en la cabeza⁴. Cada una de estas interrupciones ocasiona una parada brusca; algunos pierden el equilibrio, y van á echarse sobre la víctima pisoteada, y casi ahogada en el tropel, y dominando el tumulto de blasfemias é insultos, sigue oyéndose el grito conque se zahiere á los Sanhedritas tanto como á Jesús: «Salud al Rey de los Judíos.» Este juego no era absolutamente nuevo; se prac-

¹ Esta columna, llamada *Impropria*, la conservan en Jerusalén los griegos del Santo Sepulcro. Probablemente la sacaron de entre las ruinas del cuerpo de guardia que los Judíos habían saqueado y quemado muchas veces.

² MABC., XV, 49: «Et percutiebant caput ejus arundine, et conspuiebant eum.»

³ MATTH., XXVII, 29: «Et genu flexo ante eum, illudabant ei dicentes: Ave, rex Judaeorum.»

⁴ *Id.*, *ibid.*, 30: «Et exspuentes in eum, acceperunt arundinem et percutiebant caput ejus.»

ticaba entre los Caldeos, y tenía que renovarse en otras circunstancias y en otros lugares. Los soldados romanos se habían acostumbrado á mofarse de los reyes orientales que César dejaba subir al trono, y estos ornamentos burlescos, manto de púrpura descolorida, corona de junco, cetro de caña, jugaban su papel en esos entronizamientos burlescos en que cualquier pobre loco tomaba el lugar de monarca ridiculo¹. Esta vez los soldados de Herodes dieron comienzo á la saturnal, y los de Pilatos no quisieron quedarse atrás. La clámide encarnada había reemplazado á la ropa blanca; los primeros saludaban en Jesús un candidato al trono, éstos otros le proclamaron rey. ¡Cosa extraña! La realeza terrestre provocó ella misma su envilecimiento por no haber reconocido á la realeza divina. ¿No acontece así frecuentemente, y príncipes de todas razas no padecen estos vértigos periódicos, en que, perdido el seso, se arrojan ellos mismos del trono, *conspirando contra el Señor y su Cristo*²? Tienen por hábil concitar las pasiones del pueblo, y aplauden sus rebeliones contra Dios; como si fuera posible que este menosprecio de la soberana autoridad del Señor no engendrara la tentación de sacudir el yugo de toda autoridad.

En medio de estos ultrajes³ Jesús quedó silencioso, dejando correr sus lágrimas, única protesta que se permitió: brotaban también de sus ojos, aun sin quererlo él,

¹ Herodes Agripa I, creado rey de los Judíos por Caligula, fué así objeto de pública bafa en la plaza de Alejandría de Egipto.—V. PAILON: *In Flaccum*, 970.

² PSALM., II, 2: «Astiterunt reges terrae et principes convenerunt in unum adversus Dominum et adversus Christum ejus.»

³ REXAN (*Vie de Jésus*, 407): «Difficilmente se comprende que la gravedad romana se prestara á tan vergonzosos actos. Verdad es que Pilatos, como Procurador, no tenía á sus órdenes sino tropas auxiliares. Ciudadanos romanos, como eran los legionarios, no habrían descendido á semejantes indignidades.»

porque el exceso del dolor se las arrancaba á la flaqueza humana. ¡Qué amargas debían de ser cuando veía con su mirada profética la larga serie de rebeliones contra su verdad y su amor, pasando delante de él, como los soldados de Pilatos, lanzándole al paso un insulto y un desafío! Pero tenían que ser dulces esas lágrimas cuando veía también venir á los soldados de Constantino, de Clodoveo y de Pelayo, y les oía con anticipación sus entusiastas protestas: «*Ave Rex Judeorum*. Te adoramos, ¡oh Cristo!, Rey inmortal de los Judíos.»

El inhumano juego había durado bastante, y el pueblo acabaría tal vez por murmurar de esta parodia en que David era escupido en la persona de ese hombre que se decía su heredero: podía convenirle perseguir al pretendiente, sin que por eso consintieran ver insultados los recuerdos y las esperanzas que conservaban en lo íntimo de su corazón. ¡Raza singular, que no se sabía nunca lo que pensaba, acostumbrada á molestar al Procurador con súplicas rendidas, pronta á morir por permanecer fiel á sus prácticas, y que ahora se ingeniaba por obtener la consagración de su propia decadencia! ¿Qué podría resultar de la agitación de esa turba mal informada de lo que pasaba en el pretorio? Pues la flagelación y la coronación de espinas se verificaban algo lejos; apenas las veían los Judíos que estaban fuera, en la plaza que había delante de la puerta de la Antonía. Era preciso enseñarles la víctima que reclamaban á grandes voces: y, además, todo estaba á punto para el fin que se proponía Pilatos cuando ordenó la flagelación, que los soldados completaron á maravilla con la parodia del entronizamiento:

Desde lo alto de las escaleras de mármol hizo Pilatos señal de que le trajeran á Jesús: los soldados lo interpretaron por deseo de ver de cerca aquel fantasma de

rey, y se agrupaban junto al reo continuando sus bufonadas é insultos; pero una orden severa les impuso silencio. Se adelantó despacio el Procurador por la plataforma de la galería hacia la tribuna de encima el arco de la entrada¹, seguido del Nazareno, sin fuerzas y titubeando á cada paso que daba. Si no le hubieran sostenido los guardias, no hubiese podido subir nunca al lugar en que le quería exhibir Pilatos.

Entretanto, la muchedumbre había echado de ver el movimiento que comenzaba en la azotea, los soldados venían á ocupar la galería, y el Procurador se acercaba á la balaustrada y manifestaba querer hablar. Se restableció, poco á poco, la calma de un extremo á otro de la plaza, en espera de lo que hubiera de ocurrir, sin que nadie supiese el espectáculo que se iba á poner á la vista.

Pilatos tomó la palabra: «Ved aquí, dijo, que os lo presento para ponerle en libertad; pues os declaro que yo no encuentro motivo alguno para condenarle.» Y poniendo á la vista la víctima que él ocultaba de la vista del pueblo, la empujó hacia el borde de la tribuna, y con voz en que vibraban la compasión á Jesús y el desprecio á los Judíos, gritó: «¡He aquí al hombre! ¡*Ecce homo*!²!»

Contaba con este golpe teatral para apaciguar las iras y excitar por sorpresa la conmiseración. ¿Y quién podría resistir á la aparición repentina de este espectáculo sangriento? Esa cabeza envuelta en espinas, esa cara surcada á latigazos y amoratada á fuerza de bofetones, esos ojos medio apagados derramando lágrimas, esos labios cárdenos que iban á exhalar el último aliento, ese pecho

¹ El P. Ratisbona creía que la exhibición de Jesús fué en la tribuna que parece había sobre el arco menor de la izquierda, el que cubre el altar del convento de Sión. (*Terre Sainte*, número de 15 de Mayo de 1882.)

² JOANN., XIX, 5: «*Ecce adduco vobis eum foras ut cognoscatis quia nullum inveni in eo causam.... Et dixit eis: Ecce homo!*»

jadeante en que el manto de púrpura dejaba ver heridas horribles, esas manos atadas en que oscilaba una caña, todo ese conjunto de dolores y humillaciones, mezclándose lo horroroso y lo repulsivo con una majestad que brillaba encima de todo, cual rayo de sol sobre las inmundicias que el mar tira á la orilla; ¿no eran bastante para impresionar los espíritus y cambiar los corazones? Esto creyó el Procurador romano, y tal ilusión debe perdonársele, pues al fin honra un poco á la naturaleza humana, tanto más que él era el único que la tenía ¹. No abrigaban tal ilusión los soldados, y la turba iba pronto á mostrar la estima que de ella hacía.

A la aparición repentina de Jesús siguió un momento de estupor. ¿Era conmiseración ó sorpresa? Las masas son capaces de las más diversas impresiones, y los Sanhedritas no se fiaron de aquella emoción. Sin esperar más gritaron: «¡Crucifícale, crucifícale!», confiados en arrastrar consigo á los que estaban alrededor de cada uno de ellos ². Persistía, no obstante, el silencio, y Pilatos se aprovechó para repetir lo que antes había dicho: «Tomadle vosotros y crucifícale; yo no le reconozco culpable ³.»

Esta réplica suya envolvía cólera, desprecio, y, sobre todo, despecho. He ahí de qué le había servido el contemporizar con aquella gente. Respecto al populacho, pudiera acaso esperar con razón: de los sacerdotes, de los legistas, de esos puritanos, no había que esperar nada; por sabido debiera tenerlo. Lo mejor era sentarles la mano. Pero eran dueños de la chusma que podían concitar á

¹ S. AUGUSTIN.: *Tract. CXVI in Joannem.*

² JOANN., XIX, 6: «Cum ergo vidissent eum Pontífices et ministri, clamabant dicentes: Crucifige eum!»

³ *Ib.*, *ibid.*: «Accipite eum vos et crucifigite; ergo enim non invenio in eo causam.»

manifestaciones sediciosas. Por nada del mundo quería él tirar de la espada antes de haber agotado todos los medios de conciliación. César no gustaba de los actos de violencia que no inspirara él mismo, y jugar esa baza por un hombre que él no conocía el día antes, era arriesgarse demasiado. Ese hombre, en verdad, le parecía revestido de grandeza sobrehumana: instintivamente conocía que había cometido un sacrilegio poniendo la mano en él, y que el cielo iba á tomar venganza de la consumación del atentado. ¿Qué hacer, si por ventura era ya hora de hacer algo?

En aquel momento los Judíos, repuestos de su estupor, le enviaron á voces, como quien envía un cartel de desafío, la respuesta sugerida por los Sanhedritas: «Nosotros tenemos una ley, según la cual debe morir, porque se llama el Hijo de Dios ¹.»

¡Oh! Si, insensatos; por eso debe morir, porque la redención de los hombres no puede obtenerse sino por *la muerte del Hijo de Dios, hecho hombre*. Sino que ellos no sabían lo que decían. Pilatos tuvo miedo ². Un relámpago había cruzado la obscuridad en que se agitaba su pensamiento. A la manera que fogoso corcel se para de repente, temblando, aspirando el aire con inquietud, porque ha olfateado la proximidad del león, así el Procurador sentía estremecersele todas sus carnes y erizársele los cabellos: adivinaba, entre sombras, que tenía cerca á la divinidad.

¹ JOANN., XIX, 7: «Responderunt ei Judæi: Nos legem habemus, et secundum legem debet mori, quia filium Dei se fecit.»

² *Ib.*, *ibid.*, 8: «Cum ergo audisset Pilatus hunc sermonem, magis timuit.»